

«Fuera de Lugar»: la crítica de la realidad a partir de las identidades en tránsito

Víctor Granado Almena¹
Universidad Complutense de Madrid

Resumen: En la era global pretendo comprender el significado de estar «fuera de lugar». En el marco de la globalización y de los procesos migratorios, que en ella se generan, pretendo analizar de la mano de la reflexión de Hannah Arendt y Edward Said las identidades que se generan en ese proceso. Las identidades de personas en tránsito, desplazados, inmigrantes y personas sin estado revelan en niveles distintos una fragmentación de la identidad que no debe ser desatendida. Esta situación nos muestra una mirada distinta y un nuevo lugar desde el cual descifrar la realidad.

Palabras clave: fuera de lugar, globalización, identidad, personas en tránsito, desplazados, realidad.

Abstract: In the global age I want to explore the meaning of being «out of place». Within the framework of the globalization and the migratory processes, that in her are generated, I try to analyze the identities that are generated in that process. For this intention I want to use the reflection of Hannah Arendt and Edward Said. The identities of people in transit, displaced, immigrants and people without state reveal in levels different a fragmentation from the identity that does not have to be neglected. This situation shows to a different glance and a new place to us from which to decipher the reality.

Key words: out of place, globalization, identity, people in transit, displaced, reality.

Presentación

A propósito de la reflexión sobre las identidades y su crisis en un escenario global de puesta en cuestión de la realidad me parece pertinente presentar junto a las identidades clásicas, sólidas y bien construidas, una serie de experiencias que apuntan en otra dirección. Un tipo de identidades en tránsito, aquellas que manan de experiencias vitales en las que el principio común es sentirse desplazado, «fuera de lugar», ya sea de un modo físico como simbólico. Frente a las identidades coherentes y estables, fruto de un carácter, presento aquí las biografías de aquellos que “siente que no encajan”.

Tanto las situaciones de exclusión, la marginación de inmigrantes o de ciudadanos con escasos recursos económicos son situaciones dignas de ser consideradas como piedras de toque de la evolución y desarrollo del proceso de globalización y las consecuencias de éste para todos. De algún modo se conjugan a la vez la oscuridad de los tiempos de cambio con la posibilidad de un nuevo comienzo y la distancia crítica que permite un nuevo mirada desde ese «estar fuera de lugar».

¹ Departamento de Filosofía IV, UCM, vgranado@filos.ucm.es

Bajo estas categorías y figuras pretendo presentar a partir de las experiencias de exiliados, inmigrantes, excluidos o “desapegados” un breve análisis de las condiciones de posibilidad del desarrollo de la *identidad* bajo la noción de *biografía* de la mano de una crítica de la sociedad capitalista globalizada, con consecuencias para todos y que introducen de un modo u otro, en mayor o menor medida, la oscuridad en nuestras vidas y en nuestra mirada sobre el mundo.

1. El diagnóstico del momento: el desplazamiento del mundo y el problema del sentido

Las migraciones internacionales forman parte de los principales fenómenos del siglo XXI. Éstas han alcanzado rápidamente una dimensión mundial hasta llegar a los 200 millones de migrantes en todo el mundo, cuando en 1995 estos eran unos 120 millones y en 1965 su cifra “apenas” llegaba a los 77 millones de migrantes². La persistencia de las enormes diferencias de riqueza entre el norte y el sur unida a los desequilibrios demográficos, opone países ricos y en proceso de envejecimiento a países pobres o emergentes que viven una fase de gran dinamismo. Las situaciones de desigualdad social y económica derivadas del proceso de globalización neoliberal que vivimos en nuestros días han avivado e incentivado más que nunca los desplazamientos en el planeta. Estas razones económicas se suman a la multiplicación de las crisis políticas (oriente próximo, las regiones kurdas, la región de los grandes lagos en África o los conflictos de la ex Yugoslavia), a la aparición de nuevos factores de exilio (limpiezas étnicas, enfrentamientos religiosos o las consecuencias del cambio climático) y a las guerras y conflictos bélicos para terminar dispersando por todo el globo grandes bolsas de población desplazada que se ven arrojadas a la carretera cada año y a quienes no siempre se les reconoce su estatus de refugiado. Junto a estas variables debemos reconocer a su vez flujos de movimiento de población por razones económicas dentro de las zonas ricas³ y dinámicas del planeta. Todo ello compone una realidad compleja de desplazamientos y de experiencias distintas que reclaman nuestra atención.

² Datos estadísticos tomados del anuario estadístico 2008 y la unidad de registro y estadística del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los refugiados.

³ En este punto no me detendré en exceso en las experiencias que viven aquellas personas bien formadas, nacionales de potencias occidentales que emigran para mejorar sus condiciones económicas o su formación. Si bien las urgencias materiales de estas personas son muy diferentes de las que sufren

Este breve dibujo de los desplazamientos en el globo nos pone ya ante una primera perplejidad:

(1) Mientras las economías liberales valoran positivamente la movilidad de los seres humanos comparando sus bondades con los que para ellas representa la libre circulación de capitales, mercancías y expresiones culturales y se establece una competición por atraer a élites extranjeras;

(2) Esos mismos dirigentes viven la inmigración en su conjunto como una amenaza. Denuncian una «invasión silenciosa» y aplican políticas de control, disuasión y represión en contra de los “*sin papeles*”, los nuevos parias de la humanidad que con su sola presencia desafían el orden estatal.

Estas relaciones asimétricas entre las personas desplazadas y los estados receptores de esta población, en función de su capacitación laboral, prestigio y recursos económicos desaparecen en la mayor parte de los casos del siguiente modo: comúnmente las personas de mayores recurso y formación procedentes de ámbitos culturales próximos a los países de acogida son “asimiladas” y su condición de extranjero se vuelve invisible; pasan a ser otro ejecutivo, otro estudiante de doctorado u otro profesor siempre y cuando su comportamiento en la esfera pública sea equivalente al que un nativo tendría en su misma circunstancia. En aquellos casos donde las personas desplazadas carecen de unos niveles de renta “admisibles” y que mantienen prácticas culturales propias pasan a ser considerados una amenaza y se debaten entre la penalización de su “identidad cultural” y la exclusión. En ambos casos su condición de desplazado les impone olvidos, pérdidas y renunciaciones, como nos recuerda Dante:

“Todo lo que amas, sin tardanza
has de dejar; y es ésta la primera flecha
que el arco del destierro lanza”⁴

Las palabras de Arendt nos ayudarán a concretar esas pérdidas y penalidades:

“Perdimos nuestro hogar, es decir, la cotidianeidad de la vida familiar; nuestra ocupación, es decir, la confianza de ser útiles en este mundo; la lengua, es decir, la naturalidad de las reacciones, la simplicidad de los gestos, la sencilla expresión de

inmigrantes (ya sean legales o ilegales) o refugiados, la realidad a la que apuntan también deberá ser atendida en otro momento para comprender en su totalidad la experiencia de no sentirse ligado al mundo que nos rodea.

⁴ Dante: *Divina Comedia*, Paraíso, Canto XVII, versos 55-57

los sentimiento. Dejamos a nuestros parientes en los guetos polacos y nuestros mejores amigos han sido asesinados en campos de concentración, lo que equivale a las rupturas de nuestras vidas privadas.”⁵

Si bien es cierto que estas palabras reflejan una concreción extrema de esas pérdidas, y no todos los tipos de personas desplazadas se ven reflejadas en ellas por igual, sirven para presentar el punto central que las distintas experiencias tienen en común, lo Arendt llama aquí la ruptura o la quiebra de sus vidas privadas y que me permito comprender como el desvanecimiento de un horizonte simbólico del que emana la posibilidad de darle un sentido al mundo y a la propia vida; la quiebra de un mundo de afectos y recuerdos que se toman una vaga ficción como consecuencia de la experiencia. Esa pérdida, concreta en modos muy distintos, es lo que nos permite vincular a exiliados, refugiados, inmigrantes ilegales e *intelectuales*⁶. La dificultad para encontrar un sentido al mundo en el que viven, a sus relaciones con los otros, la dificultad para reconocerse en sus prácticas y acciones es lo que vincula a todos bajo su estado de desapego, distancia y «extrañamiento»⁷ del mundo. Este no “encontrarse” en el mundo, ese *estar desubicado*⁸ nos llevan a pensar desde aquí la crisis de la noción de identidad.

2. Identidad vs biografía

La noción de identidad se ve de este modo problematizada por las experiencias de las personas desplazadas, de manera que tales experiencias ponen en cuestión las versiones naturalistas o sustancialistas de la identidad y las enfrentan con una realidad plural y sobre todo móvil, con lo que ello significa. Algo que expresan estos versos de forma inmejorable:

“He aquí un margen que avanza, un centro que retrocede

⁵ H. Arendt: “Nosotros, refugiados”, en *Escritos judíos*, Barcelona, Paidós, 2009, p.354

⁶ Tomo aquí la noción de intelectual para referirme a todas aquellas personas que son capaces, en palabras de Max Weber, de desencantar procesos de la y darles un nuevo significado, definición según la cual todos somos *intelectuales*. Sirve para incluir bajo la categoría de desplazados a personas que si bien viven en un lugar que debiera resultarles familiar, se encuentran en él como si estuvieran “de visita”, ubicados en sus márgenes.

⁷ Por supuesto empleo aquí la noción de «extrañamiento» acuñada con este sentido por Peter Sloterdijk en su obra *Extrañamiento del mundo*, Valencia, Pre-textos, 1998

⁸ Me gustaría señalar que el adjetivo *desubicado(a)* en castellano se emplea comúnmente bajo la fórmula “ser un desubicado” para nombrar describir a aquella persona que no se comporta de acuerdo con las circunstancias, hace o dice cosas inoportunas como si no perteneciera al lugar en el que se encuentra.

Oriente ya no es absoluto Oriente
ni Occidente, occidente.
Porque la identidad es plural,
ésta no es una ciudadela o una trinchera.”⁹

Se contraponen de este modo dos nociones de identidad. Frente a una identidad sólida se dispone una noción fluida de identidad, en una oposición que opone los órdenes del carácter y el destino, por un lado, y de la *mimesis* y la *poiesis* por otro.

Por un lado vemos una identidad sólida, la identidad *idem*¹⁰, aquella que queda definida por la noción de estabilidad y permanencia, donde los rasgos sustanciales de esa identidad no sólo no cambian sino que vienen dados de modo natural, aún cuando sean pretendidamente culturales¹¹. Una identidad que se encuadra dentro del orden del carácter, el cual emana de esos rasgos constitutivos y estables de esa identidad. El carácter es puesto a prueba por el tiempo y sus vicisitudes y debe mantenerse idéntico al final del camino sin que el destino consiga “echarlo a perder”. En el orden de la acción y dada esta necesidad de conformar una personalidad moral estable acorde con unos rasgos dados desde el inicio, se inscribe en el orden de la mimesis. La acción se encamina a reforzar y reproducir el propio carácter en todo momento, como medio para luchar con el cambio, los miembros de otras identidades, que permiten mantener a salvo frente a los otros a esa identidad (*idem*).

Frente a esa concepción podemos plantear una identidad fluida a partir de la noción *ipse*¹², aquella identidad abierta al tiempo y los hechos imprevistos y que lejos de centrarse en la permanencia de los contenidos, se fija en el sujeto que atraviesa las distintas experiencias. Una identidad por tanto que se reconoce a través de las acciones realizadas, encuadrada en el orden del destino, pues el tiempo y el final del camino son los elementos que permiten revelar un carácter, y que se inscribe en el ámbito de la *poiesis*, en tanto que la acción se instituye como creación de sentido, de tipo relacional y práctico. No hay un modelo a imitar sino que mediante el desarrollo de la acción se confiere sentido a estas por sí solas, al lazo que las ata entre sí y como derivada al

⁹ Poema de Mahmoud Darwich, “Comme des fleurs d’amandier ou plus loin”

¹⁰ Vocablo latino que en este caso podemos traducir como “lo mismo” tal y como muy bien mostró Paul Ricoeur en su obra *El sí mismo como otro*.

¹¹ Me refiero en este sentido a la construcción naturalista de comunidades culturales o religiosas que podemos ver y que se singularizan del resto del cuerpo social a través de la noción de identidad.

¹² Vocablo latino que aquí tomaremos en el sentido de “el mismo”.

agente, en una operación constante y abierta de interpretación y re-significación de la realidad.

Esta segundo modo de comprender la identidad sirve mejor, a mi modo de ver, para dar cuenta de una realidad como es la de las personas desplazadas o en tránsito. Bajo esta descripción considero más adecuado el término de *biografía*.

3. Fuera de Lugar

Ante los hechos recientes de nuestro pasado y ante el mundo que nos rodea, de la perplejidad nace de la pregunta por el sentido de lo real y a su espalda la experiencia de la oscuridad. La necesidad de comprender y de dar sentido al mundo que nos rodea aparece, por tanto, como la primera tarea del ser humano. Una tarea que lucha contra la oscuridad de quien carece de grandes apoyos en su camino y tan sólo puede conducirse atentas. Observa cuanto le rodea e intenta utilizar para comprenderlo aquello que lleva consigo. En gran medida esa es la oscuridad propia del hombre que camina por un laberinto. Aquel que esperanzado con encontrar una salida busca a ciegas un camino. Esa búsqueda sólo deja como enseñanza la calle bloqueada, es decir que hay calles sin salida. Nuestras vidas, triviales y cotidianas, se vuelven nuestro propio laberinto y la necesidad de reconocernos a nosotros mismos en nuestras acciones es el deseo que nos impulsa a encontrar una salida. Ese deseo es el de encontrar un nombre para el rostro que se nos aparece en el espejo y de la misma manera, inmediata y completa, nombrar con éste un carácter que hable de nosotros. Todos nos encontramos en ese laberinto si bien no todos vivimos en él del mismo modo. Al comenzar sus memorias¹³ y recordar sus experiencias de infancia y adolescencia, Edward Said dice: “*mi sensación dominante era que siempre estaba fuera de lugar*”. Esta es una experiencia común a muchos, vivida en distintos momentos y que, por tanto, remite a causas y explicaciones diversas. Aquél que la ha experimentado de algún modo se siente perdido y tienen la necesidad de salir de ese estado de oscuridad.

Ese “estar fuera de sitio”, o mejor dicho de “estar fuera de su sitio” como si cada uno de nosotros tuviera reservado para él un lugar propio. Ese lugar es en ocasiones un lugar físico, político o geográfico, al cual se nos presupone adheridos y donde no somos un elemento de discordante sino que contribuimos a la coherencia y armonía generales.

¹³ E. Said: *Fuera de lugar*, Barcelona, De bolsillo, 2003.

Pero es también un carácter, una condición y un conjunto de prácticas que se esperan de nosotros y nos hace aparecer ante los demás. Ese sitio reservado, ese lugar adecuado, no en una arcadia feliz ni un paraíso perdido. La experiencia de estar fuera de lugar no parte de la nostalgia de ese lugar que no se tiene sino de la necesidad de encontrar sentido al mundo sin encarcelarse en él. Lejos de caer en una mirada esencialista de la realidad o de la identidad, esa situación revela una apuesta decidida por la acción, el carácter contingente de la realidad y el deseo de narrar la propia vida a lo largo del tiempo, en acciones con otros y sin esperar encontrar un final a ese proceso. El camino por el laberinto no nos lleva, tras la última esquina, a Ítaca.

Esa incomodidad de estar fuera de lugar no nace del deseo de pertenencia sino de la incapacidad para narrarse, para actuar con otros y sobre todo de encontrar un sentido. Esto debe entenderse desde un punto de vista amplio y poliédrico. Esa experiencia lo es tanto de aquel que vive en la sociedad en la que ha nacido y a la que no se siente vinculado, cuanto a aquel que por diversos motivos ha abandonado su lugar de origen. La exclusión y la marginación social, el desapego personal, el exilio o la inmigración son distintas traducciones de esta experiencia.

El dato bruto de esa perplejidad me lleva a formular la siguiente pregunta: *¿Qué sucede cuando alguien pierde su lugar¹⁴ en el mundo?* En mi caso ésta es la pregunta básica, el punto de arranque de todos mis intentos por comprender la realidad que me rodea e incluso a mí mismo. Se trata de una experiencia innegable, una perplejidad que no puede ser despejada y me lleva a intentar comprender.

Me parece imprescindible tener siempre presente que se trata de un estado y no de algo así como una condición o identidad más o menos esencial. Ese estar fuera de lugar se traduce por estar en tránsito y me lleva a centrar mis esfuerzos en intentar comprender del mejor modo posible qué significa “*encontrarse en tránsito*”. Como consecuencia de la experiencia de la Segunda Guerra Mundial y a lo largo de la experiencia política de la segunda mitad del siglo XX las figuras de los desplazados¹⁵,

¹⁴ El *lugar* no tiene necesariamente un significado concreto y local sino simbólico, y tiene mucho más que ver con el sentido y la posibilidad de encontrar el modo de vivir e intentar responder a esa perplejidad, a la oscuridad.

¹⁵ Comprender el exilio como un bien, y no como un mal, es una opinión conocida ya desde los tiempos de Plutarco (ver su tratado *Sobre el exilio*). Según esta interpretación, el exilio lejos de robarle al hombre la posibilidad de desarrollar una buena vida, le da la posibilidad de comenzar de nuevo, una nueva vida y por ello no se entiende como un final sino como un comienzo. Nada tengo que objetar a considerar en ocasiones esa posibilidad como una ganancia y no como una pérdida. Residir en un país o en otro no es lo

exiliados, deportados o “personas sin estado” han dejado de resultarnos desconocidas, si es que alguna vez lo fueron.

En el marco de la globalización actual, con la vista puesta en la experiencia personal y en la experiencia política del siglo XX, mi intención es la de intentar responder a la pregunta planteada, y de ese modo intentar comprender la perplejidad que me incita, a partir del estudio y análisis de la situación de los “*desplazados*” o “*personas sin estado*”. Bajo esta nomenclatura tienen cabida tanto el análisis de las condiciones de exclusión marginalidad de aquellas personas que, siendo ciudadanas de un estado y residiendo en éste, son abandonadas por él, cuanto a la situación de aquellas otras que se han visto obligadas a solicitar asilo a otro estado, han emigrado o se encuentran internadas en un campo de refugiados.

Esta experiencia, ya definida como la pérdida de la capacidad de darle sentido al mundo, a la propia vida y las acciones que la componen, concreta algo que no es sino el problema del sentido de las concepciones del mundo.

Dentro de esa experiencia global podemos distinguir casos y tipos distintos según la siguiente clasificación:

- a) Exiliados: aquellas personas que una vez desterradas viven una existencia anómala y miserable, con el estigma de ser extranjero. Se trata de una experiencia individual y subjetiva.
- b) Refugiados: se refiere principalmente a las grandes masas de población expulsada y desplazadas de su lugar de origen, inocentes y que colectivamente son agrupadas bajo el mandato de organismos multinacionales que operan en el territorio de un segundo país.
- c) Expatriados: personas que por lo general viven voluntariamente en un país extraño, por razones personales o sociales que se derivan no de la necesidad material sino de la experiencia personal de desarraigo y extrañamiento. Su desapego les lleva sin mediar coacción a marcharse casi de un modo errante buscando un acomodo que en la mayor parte de los casos no se encuentra en ningún lugar.

que me interesa sino las condiciones penosas tanto económicas, políticas, sociales y personales que se asocian ese estar fuera de lugar. El desamparo acontece tanto lejos del lugar en que se ha nacido como en él.

- d) Emigrados: se trata de una situación ambivalente ya que si bien comparten los rigores de la discriminación social, si su desarrollo social es exitoso llegan a sentirse parte de una nueva realidad. Su motivo para el viaje es el deseo de comenzar un nuevo proyecto.
- e) Solicitantes de asilo: aquellas personas que solicitan asilo en un país del cual no son nacionales y cuya demanda no ha sido aún respondida. Durante ese tiempo quedan en un cierto lugar muy distinto a todos los demás.
- f) Transterrados: aquellas personas que exiliadas o emigradas por motivos diversos se adaptan a la nueva realidad en la que viven y componen un mundo afectivo/simbólico que se sitúa más próximo al nuevo lugar en el que viven que al que pertenecen y del cual salieron.
- g) Repatriados: refugiados que han vuelto a su lugar de origen bajo la protección del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los refugiados. Su regreso a su lugar de origen es subversivo pues ocupan un lugar que ya no les corresponde.

Experiencias todas ellas que oponen las nociones de *instalación* en el mundo y *errancia*, como dos modos de estar declinados de distintas formas. Esta diversidad de experiencias en las que confluyen variables como la situación económica, la religión, la formación cultural, el género, la orientación sexual o la capacitación laboral componen una realidad definida a través de la noción de pluralidad que invita a pensar la realidad en un sentido abierto, desde el tipo de prácticas y relaciones que las personas establecen entre sí y no bajo el modelo que hace de la identidad una fortaleza dispuesta para contener el avance de los otros.

4. La mirada oblicua: la crítica de la realidad desde sus márgenes

Con todo lo dicho hasta aquí me parece posible apuntar ahora las líneas de crítica que esas identidades en tránsito suscitan. Partiendo de esta noción podemos establecer una crítica de la realidad al menos en tres sentidos:

- (1) Crítica de la situación global de exclusión, marginalidad e injusticia social derivada del desarrollo del capitalismo actual. La situación de los *desplazados* o *personas en tránsito* pone al descubierto:
 - a) las carencias redistributivas del proceso de globalización económica;

- b) las insuficiencias del sistema jurídico para proteger los derechos de aquellas personas que se encuentran fuera del estado del cual son nacionales;
- c) la incapacidad de las sociedades occidentales para disponer un espacio público en el que los seres humanos puedan tomar parte sin una estructura radial, es decir sin distinguir entre “los buenos ciudadanos” y las bolsas invisibles de población marginal que albergan y a las que les espera una existencia fantasmal en términos políticos.

(2) Crítica de la propia noción de *identidad*. La identidad coherente, excluyente, militante, construida como un todo homogéneo que deriva de la pertenencia a una comunidad se ve cuestionada fuertemente por el

(3) El lugar desde el cual poder establecer una *crítica a la realidad* y al discurso que la legitima hasta encontrar justificaciones a lo que hay de injustificable en el orden que la informa, es decir, las injusticias, desigualdades, y el sufrimiento padecido.

Ese lugar que hace posible esa mirada “no-ligada”, “no-instalada” en la realidad no debe comprenderse como el lugar de la objetividad, ni un *afuera*. Se trata del lugar de la reflexión, de la distancia en el cual y por no participar plenamente en el orden del sentido es capaz de cuestionar, de preguntar de interrogar la realidad. Creo encontrar un ejemplo de esa actitud en las siguientes palabras de Edward Said:

“A veces me percibo a mi mismo como un cúmulo de flujos y corrientes. Prefiero esto a la idea de una identidad sólida, a la que tanta gente atribuye una enorme relevancia. Esos flujos y corrientes, igual que los motivos recurrentes de la propia vida, flotan durante las horas de vigilia, y en el mejor de los casos no requieren ser reconciliados ni armonizados. Están «desplazados», y puede que estén fuera de lugar, pero al menos están siempre en movimiento, asumiendo la fortuna de toda clase de combinaciones extrañas y en movimiento no necesariamente hacia adelante, sino a veces chocando entre ellos o formando contrapuntos carentes de un tema central. Me gusta pensar que son una forma de libertad, aunque no estoy del todo seguro de que sea así. Ese mismo escepticismo es uno de los motivos recurrentes a los que quiero aferrarme. Después de tantas disonancias en mi vida he

aprendido finalmente a preferir no estar del todo en lo cierto y quedarme fuera de lugar”¹⁶

Ese *no estar en lo cierto* o ese *ser/estar desubicado*, al que antes me refería, es el lugar desde el cual es posible construir una mirada oblicua sobre la realidad. En modo alguno debe entenderse lo dicho en estas pocas páginas como una banalización esteticista de los dolores del exilio o del desarraigo. Lo que con estas palabras pretendo evocar es cómo la peculiaridad de esa experiencia, allí donde lo permita, que consiste en “no encajar del todo” hace posible establecer una mirada crítica, una aproximación distinta a la realidad que debe servirnos como guía o criterio para todos, estemos en una u otra situación.

¹⁶ E. Said: *Fuera de Lugar*, Barcelona, De Bolsillo, 2003, p. 377